

## Civilización y barbarie en el Paraguay de la postguerra

*“Actos de barbarie contra el medio y la población acompañaron las marchas colonizadoras entre nosotros, tanto en la zona cañera como en el sertón bandeirante; de ahí las quemaduras de terrenos, el asesinato o la captura de los nativos. «El azúcar eliminó al indio», escribe Gilberto Freyre, cuya condición de apologista de la colonización portuguesa en el Brasil y en el mundo lo vuelve insospechable de parcialidad. Hoy podríamos decir: el ganado expulsa al ocupante de la tierra (posseiro); la soja, al granjero; la caña, al arrendatario o al casero. El proyecto expansionista de los años 70 y 80 fue y continúa siendo una reactualización –en nada menos cruenta– de lo que fueron las incursiones militares y económicas de los tiempos coloniales”*

Alfredo Bosi, *Dialéctica de la colonización*.

Desde hace más de 150 años, la intelectualidad argentina se ha servido recurrentemente de la dicotomía sarmientina para explicar o posicionar ideológicamente los acontecimientos políticos y sociales que han marcado el rumbo de la historia nacional. Es así como ni el positivismo ni el revisionismo pudieron hacer oídos sordos al gran ideologema liberal. La dicotomía –cabe aclarar– ganó su peso efectivo cuando devino piedra fundacional de la historia oficializada por las élites victoriosas tras Caseros. La derrota de Rosas abrió paso a la implementación del modelo de país que se había esbozado tan solo teóricamente en la intelectualidad del exilio. Aunque, de acuerdo con la propaganda roquista, la concreción del ideario civilizatorio se realiza recién tras los “treinta años de discordia” en la era de progreso que comienza en el 80, punto de partida de la Argentina moderna.

De todos modos, el ideologema no escapa tampoco al aspecto paradójico con el que suelen recubrirse los acontecimientos históricos. Ricardo Rojas ya había destacado el desfasaje entre la tesis y la praxis sarmientinas en su *Historia de la literatura argentina*, pero lo hace sin apartarse de su intención previa de colocar a Sarmiento como gran genio fundador, como molde programático; sostiene entonces que se destiñen sus errores como estadista y su carácter de “militar sin campañas” al lado de su obra (Rojas 1925: 547-548). Sin duda uno de los grandes ideólogos de la Argentina moderna y probablemente el mejor escritor del siglo XIX, Sarmiento, pasó a la historia dejando como saldo una obra monumental y una experiencia insatisfactoria en el gobierno cuando fue presidente. Sin embargo, no faltaron ejemplos en los que esa relación paradójica se mostró causal, ya que resultaron de una puesta en práctica, radical y directa, de las ideas. Me centraré en uno de ellos: la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870).

Si bien la guerra comenzó durante la presidencia de Mitre, siendo éste además el comandante en jefe del ejército aliado durante los primeros años, la fundamentación ideológica de la decisión bélica se basó en el mismo sistema de oposiciones que *Facundo* había escenificado desde la trinchera antirrosista. De hecho, antes de Pavón, Mitre se expresó en oposición a la iniciativa bélica que pregonaba el Imperio brasileño hacia el Paraguay. Mientras que, como afirma León Pomer, es entonces Sarmiento el que “refleja los pensamientos de los jefes políticos de la ciudad portuaria; el más íntimo y auténtico” (Pomer 2008: 119). De ahí que la campaña propagandística contra los gobiernos de Carlos Antonio y de Francisco Solano López en Paraguay se justifique haciendo uso del mismo esquema argumentativo que se había esgrimido contra Rosas y que –tras Caseros– devino justificativo ideológico de la nueva facción dirigente. En 1862, tres años

antes del comienzo de la guerra y cuando acababa de asumir el gobierno paraguayo Francisco Solano, *El Nacional* publicó las siguientes líneas de Sarmiento: “si queremos salvar nuestras libertades y nuestro porvenir, tenemos el deber de ayudar al Paraguay, obligando a sus mandatarios a entrar en la senda de la civilización” (cit. por Pomer 2008: 120).

El discurso sarmientino resultará exitoso entre las posiciones belicistas de la élite porteña y las publicaciones periodísticas lo retomarán recurrentemente en el caldo de cultivo previo y durante la guerra. Ya al frente de la presidencia y como una táctica para fortalecerse en la situación de inestabilidad interna, Mitre adopta la posición a favor de la guerra. Una de las tribunas políticas de la élite, el ya mencionado *El Nacional*, resume –con acento victorioso- el saldo de la contienda a punto de finalizar en el editorial “La Guerra del Paraguay. Su influencia en el progreso material”:

¿Qué influyó para aminorar las desgracias que nos amenazaban?

Fue la Guerra del Paraguay que activando los trabajos, dio ánimos a los brazos desalentados y ocupación a los obreros y labradores.

Fue la guerra que introdujo millares que nos ayudaron a pagar las fuertes importaciones, que no habríamos pagado sin este auxiliar inesperado. Fue la guerra que dio alimento a centenares de costureras de familias sin trabajos; que valorizó el ganado vacuno y caballar, que prestó aliciente al cultivo del maíz, alfalfa, etc., etc.

Fijémonos que en lo que pudimos ser si depreciándose los frutos del país sin tener otro ramo de industrias que reemplazar al que caía, no hubiéramos encontrado la fuente de trabajo que nos proporcionó la guerra del Paraguay (...).

Con lo dicho basta para comprender que una parte del progreso material se debe a la guerra.

Y no como se dice que el progreso se ha producido a pesar de ella. (cit. por Pomer 2008: 233).

El editorial muestra que las posiciones respecto de la guerra respondían más a un estado de fuerzas de la política interior que a una decisión de política exterior *per se*, y al mismo tiempo más a objetivos económicos concretos que a una decisión estrictamente política. Sin embargo, para que la táctica resulte, debía ser recubierta de un razonamiento convincente, un esquema ideológico que ya era aceptado por gran parte de la élite política porteña (aunque no toda, cabe aclarar), el que categoriza lo irreductible al sistema como bárbaro para su posterior eliminación en pos de la civilización y su consecuente progreso económico. Ahora bien, aún teniendo en cuenta que se trata de una retórica panfletaria, algunas verdades históricas indiscutibles demuestran que la definición de la barbarie es un juego discursivo que omitió hechos puntuales contradictorios con su ideario liberal civilizatorio; como el aniquilamiento de casi toda una población y de la incipiente industria paraguaya, o el apoyo a un gobierno imperial esclavista contra una república, lo cual hizo de la victoria imperial –tal como lo dijo el historiador brasileño Caio Prado Júnior- una victoria vergonzante: “aunque victorioso, [Brasil] salía humillado de la guerra, no sólo frente a los aliados, sino también de los propios vencidos, con sus tropas de libertos recién salidos de la esclavitud” (Prado Júnior 1960: 202).

Estos mismos discursos que caldearon el clima entre los porteños transformando la guerra en una cruzada civilizatoria van a formar parte de la base ideológica de la élite paraguaya resultante del conflicto. Se trata –en una caracterización a grandes rasgos- de una élite formada en el exilio porteño, miembros de familias tradicionales que se forjaron en la política desde la oposición a los regímenes de Francia o los López. En Buenos Aires, interactuaron con la dirigencia política que sucedió a Rosas y conspiraron contra el gobierno paraguayo, al punto que –llegada la hora del enfrentamiento armado- conformaron la Legión Paraguaya y participaron en la guerra bajo los comandos aliados. Una vez derrocado López, fueron uno de los plátanos

que balancearon el proceso de “reconstrucción” del país vencido y se condujeron –en los hechos- como tutores de los intereses argentinos en el Paraguay. El otro platillo, los otrora partidarios de López, contrarrestaron la influencia argentina balanceando el juego de poder hacia el Brasil, sin embargo, la metrópolis porteña nunca dejó de hacer sentir el peso de sus intereses económicos, ni dejó de exportar los esquemas de pensamiento en boga en el Río de la Plata.

Justo Prieto, historiador paraguayo, en su discurso por el 49° aniversario de la muerte de Sarmiento, definió las intervenciones de éste en el mapa político de la región como manifestaciones de su vocación americanista; ésta lo llevó a exportar el ideario civilizatorio por una América Latina que se definía en los límites entre lo colonial y lo indígena. Signo de esa barbarie es para Prieto –siguiendo a Sarmiento- su sistema de gobierno característico:

En lo político; dictadores y caudillos con originales ideas de patria, dentro de fronteras bloqueadas por regímenes o sistemas políticos-sociales análogos. América Latina presentaba un panorama político uniforme en todos los países. Los diques rotos por la revolución de la independencia, habían erigido, durante el siglo de Sarmiento, gobiernos absolutos en todas partes. El despotismo, o simplemente el absolutismo, era un ambiente, y la ignorancia su sostén. En México se suceden dos regencias, un imperio, varios triunviratos y numerosos gobiernos provisorios. A Benito Juárez sucede Porfirio Díaz. En Venezuela, Páez; en el Ecuador, García Moreno; en Bolivia, Belzú y Melgarejo; en Perú, Castilla y Prado; en Paraguay, Francia y López. (Prieto 1939: 48-49)

El mapa latinoamericano recorre –desde el porfiriato hasta el Paraguay de Francia y los López- el mismo esquema de involución hacia el despotismo. Se entiende entonces la presentación que realiza Prieto de la obra sarmientina como un análisis del destino común de América Latina. Una comunidad en la barbarie justifica entonces la intervención aliada para la realización de un destino compartido en la civilización. La liberación del Paraguay –tal como la presentan aliados y legionarios- se convierte en una causa común americana, y la Triple Alianza resulta una alianza civilizatoria.

### **El cretinismo**

En el caso paraguayo la tesis civilizatoria –como dije- se hizo praxis, pero además patrocinó los postulados cretinistas que proliferaron en la intelectualidad liberal y que luego fueron uno de los focos teóricos de la Generación del 900. Como muchos de los que formaron parte de las primeras líneas de gobierno tras la guerra habían contribuido a la victoria aliada, su accionar en la contienda y su nuevo lugar de poder requerían no solo de una deslegitimización del gobierno paraguayo anterior, sino de la desvalorización del pueblo –principal protagonista del martirologio en que se convirtió la guerra-, ergo del proceso histórico que desde la revolución de la independencia confluyó en la sociedad paraguaya de mediados de siglo. A esta operación correspondieron las tesis cretinistas, según las cuales, la guerra quedaba legitimada como el derrocamiento de un gobierno tiránico cuyo poder descansaba sobre un pueblo bárbaro que, con aceptación pasiva, se aplacó bajo la tiranía.

Sarmiento había escrito en *Conflictos y armonías de las razas en América* en 1883:

El Paraguay no tuvo ocasión de oír la palabra Independencia siquiera, ni la gloria de conquistarla. Conquistó gloriosamente, sin embargo, medio siglo después, su muerte, pereciendo todos sus varones por sostener la más extraña, la más salvaje tiranía que haya producido la extravagancia neurótica de un abogado, apoderándose del gobierno de la raza india, que los jesuitas habían preparado para todas las

obediencias y sumisiones, bajo la tutela de todos los directores espirituales, morales y políticos a la vez. (Sarmiento 1900: 191).

Sabemos que el clima positivista finisecular impregnó, no solo el discurso liberal de Sarmiento -que maquilló ideas troncales de su pensamiento con el nuevo paradigma-, sino gran parte del campo intelectual de la época, desde la novela naturalista hasta la estela de ensayos cubiertos de una retórica científicista que, aunque más literaria que científica, fue ganando preeminencia en el campo de las ideas. En Paraguay, los discursos finiseculares que entre el 70 y el 900 se fueron erigiendo sobre los escombros de la guerra, se nutrieron de la idea “civilizatoria americanista” –como la plantea Prieto- pero cada vez más enmarcados en un pseudo-cientificismo afín al que ya reinaba en el Río de la Plata y “adoptando una erudición de cuño de ‘nuevo rico’” –como afirma Víctor-jacinto Flecha respecto de la Generación del 900 (en Domínguez 1995: 6). Fue en el contexto novecentista en el que, mientras algunos de los miembros de la generación se deshacían en el mantenimiento de los mitos patrios, otros tomaron la posta de la clasificación y saneamiento de la barbarie. Encontramos entonces una sociología altamente literaturizada como muchos de los exponentes del ensayo finisecular argentino, pero que tenía su objeto de estudio no en un *otro* configurado desde la fórmula de la invasión exterior, sino en el tipo paraguayo autóctono. Así lo describe José Segundo Decoud, fundador de la Universidad Nacional de Asunción en 1889:

La fisonomía moral de un pueblo no es fácil cambiarla... Era necesario que el elemento extranjero estuviera en mayor número para que pudiera operar el fenómeno de la transformación (de nuestro pueblo), tradicionalmente indolente por más que se diga lo contrario... Son (los hombres de la campaña) muy poco afectos al trabajo y prefieren en su mayor parte la vida haragana y vagabunda... las mujeres se entregan regularmente a las faenas agrícolas, mientras que el hombre duerme tranquilamente la siesta. (cit. por Melià 1997a: 73-74)

Se suceden –en este trazo temporal- una serie de metáforas que refieren a un proceso de “regeneración moral” que acabe con el histórico “atraso”, envueltas en explicaciones de índole biologicista. Por eso el testimonio de Decoud resulta representativo del clima epocal del 70:

La bandera enarbolada por estos jóvenes líderes inexpertos [comenta Francisco Gaona], fue la del resurgimiento moral de la República. Se preocuparon por crear y estimular la formación de una conciencia civilista, como contrapeso a los restos subyacentes de la dictadura, sin comprender que las dictaduras son el reflejo de especialísimas condiciones económicas, políticas y sociales. El primer vocero de este pensamiento liberal contemporáneo en el Paraguay de la postguerra, fue “La Regeneración”. (...) Este periódico, cuyo primer número apareció el 1° de octubre de 1869, fue el órgano oficial de una de las primeras agrupaciones de postguerra: el Club del Pueblo, y traía como programa trabajar, *por establecer los principios liberales*, naturalmente del mitrismo argentino. (Gaona 1967: 195).

También en la línea de una necesaria regeneración moral, Cecilio Báez –el gran intelectual liberal y uno de los principales ideólogos del cretinismo- explica en un artículo de 1902 la instauración de los regímenes autoritarios durante el siglo XIX paraguayo desde la hipótesis de la sumisión atávica del pueblo:

El Paraguay es un pueblo cretinizado por secular despotismo y desmoralizado por treinta años de mal gobierno. Cinco años de titánica lucha pudieron retemplar sus adormecidas fibras por el opio del despotismo. Por eso el pueblo paraguayo desplegó cualidades cívicas en los comicios, a raíz de la conclusión de la guerra; pero la disolución de las cámaras vino de nuevo a matar el naciente espíritu público y he aquí que el pueblo sigue siendo semejante a un cretino, a un ser sin voluntad ni discernimiento. (cit. por Brezzo 2009: 4)

La guerra entonces, además de haber traído la modernidad política y la apertura económica, realizó una labor de purgación de los factores de atraso. Se puede rastrear la concreción de este saneamiento en otro testimonio del mismo Cecilio Báez; un discurso de su breve período en la presidencia considera exitosas las facultades “regenerativas” de la guerra y oblitera cualquier mención a la “cuestión social” del Paraguay de principios de siglo:

Como el pueblo no tenía conciencia de su propia personalidad, no podía derribar la tiranía, que cayó por causas independientes de su voluntad. El año de 1870 es para nosotros una de las más memorables etapas de la historia nacional: esa fecha señala el término de los dolores e infortunios del pueblo paraguayo, soportados durante más de cincuenta años de opresión e ignorancia, sin una sola queja ni protesta de parte de la víctima, al par que el comienzo de la era de nuestra regeneración moral y política, por el doble sentido de la instrucción y de la libertad. (cit. por Gaona 1967: 191)

La posición de Báez como intelectual orgánico de las oligarquías no le permite otra visión de la historia que la de una línea progresiva desde la superación del pasado despótico hacia la instauración de la hegemonía liberal concretada con la Revolución de 1904. Desde ese espacio de poder, Báez apunta –con sus negaciones y afirmaciones- algunos de los ejes clave de la visión de la élite respecto del pueblo paraguayo. Éste es un sujeto colectivo, crístico, cuya situación no depende de su voluntad, sino que es consecuencia de la intervención exterior, primero, y del padrinazgo de la élite, después, concretado éste en políticas verticalistas de instrucción –en su sentido de anulación del sujeto, considerado *otro* antes que individuo pleno- y en detrimento de sus propios valores culturales; pues tal como afirma Bartomeu Melià: “a un pueblo explotado económicamente se le puede dar instrucción y ‘civilización’, pero no una cultura nacional”, porque “si se mantiene la dicotomía *civilización-barbarie*, o su versión moderna *desarrollo-subdesarrollo*, la cultura nacional no es posible, ya que no se puede identificar ninguna de las dos culturas como la nacional” (Melià 1997<sup>a</sup>: 77 y 76).

Con estas líneas de pensamiento bajando de la élite dirigente, no resulta extraño que en Paraguay la ideología de la civilización contra la barbarie haya tenido consecuencias sobre aspectos estructurales de la cultura, como lo es el bilingüismo; de modo que –una vez destronado el tirano- lo bárbaro adquirió los límites específicos del idioma guaraní, ergo, de la cultura popular, negada como cultura desde la óptica dominante ya que “el verdadero colonizador piensa que él es la cultura, y el camino que recorrió lo tendrán que recorrer los otros más tarde o más temprano” (Melià 1997b: 26). La instrucción como principal política cultural, la aplicación en ella de pautas foráneas y la desvalorización de la cultura propia –considerada barbarie, no cultura- tienen como objeto la imposición de los valores culturales ajenos en el mismo proceso de imposición de un modelo económico dependiente y predatorio. Amerita entonces pasar a otro plano.

### **El modelo neocolonizador**

Dentro de este cuadro de situación de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, en el que Argentina y Brasil se disputaban su influencia instalando en el país vencido gobiernos adictos, el influjo cultural e ideológico del ideario civilizatorio liberal y su posterior reconversión bajo una mascarada cientificista, marchó a la par de la apropiación de los recursos económicos y naturales, justificando –al exterior y en el interior del Paraguay- la estrategia neo-colonizadora y cimentando una continuidad de más de un siglo de dependencia respecto de los países vecinos. De ahí que en este éxito del discurso sarmientino en la postguerra veamos una de las aristas de un proceso de neocolonización –o recolonización, al decir de

Oscar Creydt (2007: 104-106)- que en el Paraguay se extendió mucho más que en el resto de los países de la región, otrora colonias, y que aún se mantiene.

Bartomeu Melià apunta cinco acciones que definen la empresa colonizadora: la ocupación física de tierras, la imposición de un determinado tipo de economía, la marginación de la población paraguaya, la neutralización política de las fuerzas nacionales a cargo de las élites apátridas y la asimilación cultural (Melià 1997<sup>a</sup>: 60). Siguiendo este planteo, las hipótesis cretinistas que adoptaron intelectuales como Báez, José Segundo Decoud y muchos de los que formaron parte de la “reconstrucción”, constituyeron –con su labor intelectual- una función estratégica favoreciendo los intereses de las sub-potencias. Esta labor es estructural del proceso colonial y no una mera adopción subordinada de posturas extranjeras con estrictos fines intelectuales. Es así como “la ideología de la civilización contra la barbarie es el producto del neocolonialismo económico al que a su vez justifica y fortifica” (Melià 1997<sup>a</sup>: 75); y son –no solo en el caso paraguayo, sino en toda América Latina- las élites dependientes del capital extranjero las que llevan a cabo la labor intelectual de subordinación:

Estas élites burguesas, como los caciques y mandarines, son potenciadas con una representación cultural y económica que las colocan dentro de la esfera del dominador en contra de las masas de su propio país. Estas élites, desarraigadas del pueblo, no tienen más patria que sus privilegios, patria de fronteras móviles según la subordinación dictada por el amo de turno. (Melià 1997<sup>a</sup>: 66).

Esta caracterización destaca el hecho que la lucha anti-colonial se enmarca en la lucha de clases, y no – como suelen considerar algunas posiciones desde el nacionalismo- dentro de un esquema de alianza interclasista. Como en todo sistema colonial exitoso, entre las élites y el pueblo no podía haber sino una relación de sometimiento de éste último, que es el que carga con el peso de la explotación económica. En el Paraguay del período, ese sometimiento se concretó –y la literatura de Rafael Barrett nos legó un valioso testimonio al respecto- en las explotaciones yerbatera y maderera.

Señala Oscar Creydt, siguiendo el programa etapista del estalinismo, que las consecuencias de esta “reforma neofeudal” en el imaginario social se cubrieron de los colores del bipartidismo (Creydt 2007: 104-105); los partidos Colorado y Liberal fueron fundados inmediatamente después del conflicto por miembros de la élite política de entonces, pero siguen gravitando en la estructura de poder actual. De ahí resulta que en las últimas décadas encontremos aún fenómenos análogos. Durante la dictadura de Stroessner, el gobierno favoreció la intervención brasileña en el país, contrapesando entonces la histórica balanza en detrimento de la influencia argentina. El monumento más descriptivo de esta relación desigual está erigido en la represa de Itaipú y el escandaloso tratado firmado entre las dictaduras de los dos países en 1973, por el cual Paraguay malvendía la explotación de su energía hidroeléctrica. Pero –además de este caso puntual- el Estado brasileño patrocinó una política exterior que se viene denunciando hace décadas. En las regiones fronterizas entre Paraguay y Brasil acontece una reactivación del más burdo sistema colonial, y esto se da precisamente en una zona vulnerada históricamente que reconoce –como muchas grandes extensiones del territorio nacional- una herencia de coloniaje precisamente desde 1870 (Melià 1997<sup>a</sup>: 60). Cien años después, la zona aún se presenta como laboratorio de las cinco acciones definitorias del proceso colonial. No se trata solo de dependencia económica de un país respecto de otro, característica que a grandes rasgos define el neocolonialismo que opera sobre Latinoamérica en su conjunto, sino que además estamos ante una situación clásica de ocupación de tierras y de imposición de pautas culturales como la moneda y el

idioma, vulnerando la presencia del estado paraguayo y creando la apariencia de un Estado paralelo, extensión del brasileño, bien diferenciado por patrones que hacen al intercambio social cotidiano.

Tras treinta y cinco años de dictadura aún no saneados y más de veinte de una democracia decepcionante, la lucha anti-colonial implica también una toma de posición intelectual en contraposición al aparato populista-nacionalista del stronismo, por un lado, y, por otro, a las élites intelectuales que han sido tradicionalmente cultoras de una política económica propia de un enclave dependiente. Ante este estado de cosas, la caracterización del intelectual que realiza Bartomeu Melià tampoco adolece de vejez:

Esos "letrados" que son los clásicos parásitos de una nación, están alcanzando en la actualidad un peligroso grado de saturación. Por ahora viven del excedente extraído de las reservas naturales y de los préstamos internacionales que recibe el país. En estas condiciones se hacen solidarios de las oligarquías, dependientes a su vez del capital extranjero al que sirven. Separados de los intereses del pueblo, poco les importa una autonomía económica y menos cultural. (Melià 1997<sup>a</sup>: 75).

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Bosi, Alfredo (2005) *Cultura brasileña. Una dialéctica de la colonización*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- Brezzo, Liliana (2009) "¡La gran polémica continúa!", en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Coloquios. Puesto en línea el 13 janvier 2009. URL: <http://nuevomundo.revues.org/index48832.html>
- Creydt, Oscar (2007) *Formación histórica de la nación paraguaya*, Asunción, Servilibro.
- Domínguez, Ramiro (1995) *El valle y la loma. Culturas de la selva*, Asunción, El Lector.
- Gaona, Francisco (1967) *Introducción a la historia gremial y social del Paraguay*. Tomo I, Editorial Arandú, Asunción-Buenos Aires.
- Melià, Bartomeu (1997<sup>a</sup>) *Una nación, dos culturas*, Asunción, CEPAG.
- ----- (1997b) *El Paraguay inventado*, Asunción, CEPAG.
- Pomer, León (2008) *La guerra del Paraguay. Estado, política y negocios*, Buenos Aires, Colihue.
- Prieto, Justo (1939) *Dos vidas ejemplares*, Buenos Aires, Ed. A. Plantié y cía. Edición digitalizada por [www.bvp.org.py](http://www.bvp.org.py)
- Prado Júnior, Caio (1960) *Historia económica del Brasil*, Buenos Aires, Futuro.
- Rojas, Ricardo (1925) *La literatura argentina. Los proscritos I*. Tomo XII, Buenos Aires, Librería "La Facultad".
- Sarmiento, Domingo (1900) *Obras completas*. Tomo XXXVII, Buenos Aires, Imprenta y litografía Mariano Moreno.